

Juan Goytisolo

En los reinos de taifa



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 1999
Segunda edición: 2015
Primera reimpresión: 2015

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Amador Toril

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Juan Goytisolo, 1986
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1999, 2015
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15;
28027 Madrid; teléfono 91 393 88 88
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-206-9744-4
Depósito legal: M. 204-2015
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 1. El ladrón de energías
- 109 2. Las chinelas de Empédocles
- 157 3. El territorio del poeta
- 194 4. El gato negro de la Rue de Bièvre
- 248 5. Monique
- 307 6. La máquina del tiempo
- 363 7. No es moro todo lo que reluce

1. El ladrón de energías

Al instalarme provisionalmente con Monique en su apartamento de la Rue Poissonnière abrigaba el designio, tantas veces discutido con Castellet y Elena de la Souchère, de crear una tribuna de discusión común a la oposición interior y el exilio, abierta a las corrientes literarias y políticas de la cultura europea. Mi primera idea en aquel quince de septiembre de 1956 en el que, sin saberlo, iniciaba un alejamiento de decenios de Barcelona y España, había sido proponer a Mascolo la organización de un comité de intelectuales antifascistas franceses solidarios de tal empresa. A los pocos días de mi llegada, Monique y yo fuimos invitados a cenar a la Rue de Saint-Benoît con un grupo de escritores a quienes Mascolo había informado del proyecto: no sólo su compañera Marguerite Duras y los íntimos del clan sino también autores como Edgard Morin y Roland Barthes, cuyas *Mythologies*, publicadas regularmente en *Les Lettres Nouvelles*,

había devorado en Garrucha semanas antes. Pero, con gran consternación mía, la charla de la cena se centró en las posibilidades concretas de un atentado contra Franco. El magnicidio les parecía factible en una plaza de toros: alguno de los comensales había asistido a una corrida presidida por el dictador y afirmaba que el blanco era fácil. La policía no recelaba de los turistas: un tirador de élite de aspecto extranjero podría ocupar una de las tribunas cercanas sin despertar sospechas, disparar y escabullirse entre el gentío aprovechando los primeros instantes de confusión. La idea sedujo igualmente a Jean Cau, entonces secretario de Sartre: semanas después, en el curso de una discusión política en la Rue Poissonnière, afirmó con aplomo, casi con arrogancia que se sentía capaz de organizar él solo, en pocos meses, el estallido de una revolución en España. Con todo, pasada la exaltación momentánea, favorecida en nuestra sobremesa de la Rue de Saint-Benoît por el consumo generoso de alcohol, mi plan de comité no prosperó. La historia corría de prisa, el mundo entraba en un período rico en acontecimientos y la brújula política de Mascolo y sus amigos se orientaría en seguida a nuevos polos de atracción. La crisis interna del sistema soviético en Polonia y Hungría, la nacionalización del canal de Suez por Nasser, la ofensiva FLN en Argelia acaparaban los titulares de los periódicos y la causa española secundaria, modesta, cesó bruscamente de interesar. Mascolo fue a Varsovia, y regresó de allí en un estado de gran exaltación a la vez sentimental y política, enamorado de una dama joven polaca que se reunió temporalmente con él unos meses más tarde y con quien viajamos Monique, él y yo a Chartres y Chi-

non durante un largo fin de semana: cuando fuimos a visitarle a su vuelta, el vodka Wyborowa había sustituido a la manzanilla y en vez del fondo musical flamenco que sucedió a sus vacaciones hispanas, escuchamos ya desde el rellano de la escalera un coro melancólico, casi quejumbroso de melodías eslavas o bálticas.

La rebelión de Budapest y su aplastamiento por los tanques soviéticos sacudieron entre tanto la firmeza de nuestras convicciones. Monique militaba aún en el pc francés y yo seguía frecuentando en París a algunos camaradas de Luis, miembros de la agrupación universitaria barcelonesa. El espectáculo de millares de manifestantes resueltos a asaltar el vecino local de *L'Humanité* nos resultaba a los dos chocante y penoso. El barrio había sido acordonado por la policía y, al bajar a curiosear a la calle, descubrí a uno de los compañeros de lucha de Reventós y Pallach, el sindicalista Ramón Porqueras, gritando consignas antisoviéticas. Su vehemencia me desagradó: lo ocurrido en Hungría me parecía confuso. Si, por un lado, Mascolo, Marguerite Duras y, en general, los escritores franceses que conocía denunciaban el imperialismo ruso y hablaban de un nuevo Cronstadt, por otro, mis amigos españoles sostenían impertérritos que se trataba de un levantamiento burgués, fruto de un minucioso complot contrarrevolucionario. No sé si Octavio Pellissa o uno de sus camaradas había ido a la conferencia de prensa de uno de los primeros fugitivos de Budapest, un individuo obeso, decadente, cubierto de anillos, de acento francés aprendido en la infancia con institutrices o nurses, en los antípodas de aquellos milicianos heroicos fotografiados

con dramatismo en las páginas de *Paris Match*: un reaccionario cabrón, decían, a quien la nueva sociedad había expropiado sus bienes y que, no contento con salvar su feo pellejo, se atrevía a criticar desde París las grandiosas conquistas populares. Más expuesta que yo a la indignación reinante en los medios intelectuales, la fe de Monique en el Partido se desvaneció*: recuerdo que la acompañé, en calidad de consorte, a una reunión de la célula de su barrio en la callejuela de la iglesia de Bonne Nouvelle, junto a la escalera que luego filmaría Louis Malle en *Zazie dans le métro*. Los temas de discusión fijados eludían toda mención a los sucesos de Hungría y, más que a una asamblea de revolucionarios, tuve la impresión de concurrir a una junta parroquial o de Acción Católica ocupada en la programación o cumplimiento de tareas minúsculas. Mi alusión al informe de Jruschov, publicado en la prensa burguesa pero no la comunista, causó un embarazoso silencio: aunque conocido sin duda por una parte de los asistentes, no había recibido el placet de la dirección y desde el punto de vista oficial no existía. Sí, cediendo a las presiones amistosas de sus compañeros de célula, Monique renovó su carné del Partido, cesó de participar en sus actos y se distanció paulatinamente de él.

En las primeras y ajetreadas semanas de mi estancia en París entré igualmente en contacto con algunos exiliados españoles y viajeros procedentes de la Península situados entonces, en su mayoría, en la órbita del PCE:

* Sus amigos Claude Roy, Roger Vailland y J.-F. Rolland abandonaron entonces las filas del pcf.

Tuñón de Lara, Antonio Soriano, dueño de la librería española de la Rue de Seine, Eduardo Haro Tecglen, Ricardo Muñoz Suay, Alfonso Sastre y Eva Forest, Juan Antonio Bardem. A los pocos días de mi llegada, Mascolo me introdujo al despacho de Maurice Nadeau, director de *Les Lettres Nouvelles*, para que le expusiera mi idea de una revista en castellano destinada a romper el cerco de la censura: primera de una larga serie de iniciativas al respecto que concluyeron de ordinario, después de discusiones inútiles e interminables, vetos, exclusiones, enfrentamientos, con el carpetazo y olvido del proyecto, de puro cansancio, no sin haber provocado antes entre los participantes en el mismo unos sentimientos de encono y amor propio herido difíciles de cicatrizar. Aunque Nadeau aprobó calurosamente el plan, no disponía de medios para financiarlo y nos aconsejó una gestión con Albert Beguin y Paul Flaman. Tras una visita mía al primero, acudimos con Mascolo y Muñoz Suay al despacho del último. Flaman, a la sazón director del *Seuil*, nos recibió con cortesía. Mientras yo exponía en líneas generales el alcance político y literario del intento advertí que mis argumentos o, por mejor decir, la viabilidad del esquema, no convencían a mi interlocutor. La empresa, tal como se la presentaba, era pura filantropía política y no podía interesar a ningún editor responsable. Tras esperar vanamente respuesta por espacio de unas semanas, arrumbé el fantasioso proyecto y decidí aguardar para resucitarlo la hipotética ocasión en la que una favorable evolución de las cosas en la Península pusiera naturalmente a España en el candelero.

Por estas fechas –octubre de 1956– conocí en el café de Deux Magots a Eduardo Haro Tecglen, corresponsal del diario *Informaciones* y autor, según averiguaría luego, de un hilarante análisis de la censura española y las originálsimas concepciones en la materia del ministro del ramo, Rafael Arias Salgado, recién aparecido, sin su firma, en la revista *Esprit*. Con ese aire de conocimiento y misterio de quien está en el meollo o sancta sanctorum de la organización, Ricardo me dio a entender que Haro era «de confianza» –un sésamo ábrete o palabra mágica que en meses y años sucesivos los miembros del Partido musitarían a mi oído con insinuante y halagadora complicidad–. Otro de los primeros aureolados con ese prestigio encubierto, casi sibilino fue, para sorpresa mía, el cónsul general de España, Enrique Llovet. Recuerdo que Muñoz Suay y Bardem, antes de presentarnos, me dijeron que con él «podía hablar a mis anchas». Con su santo y seña, expuse a Llovet el proyecto de la revista; pero su afable cautela me desanimó. Unos pocos meses después, cuando ya había desistido de la empresa, nos invitó a cenar a su casa a Monique y a mí, en vísperas de mi proyectado viaje a Almería*. Su esposa, hija del escritor y traductor de Oscar Wilde, Ricardo Baeza, mantenía posiciones mucho más liberales que las suyas y, contrariamente a la vieja práctica leninista de la infiltración –caballo de Troya– del adversario, era partidaria de una ruptura pública con el Régimen que pusiera fin, de manera abrupta y sonada, a sus ambiguas funciones de di-

* El martes 12-2-57, según la agenda de Monique. Cada vez que en adelante mencione una fecha, me referiré a aquélla.

plomático. Una especie de euforia de la que todos participábamos nos inducía a creer que los días de Franco en el poder estaban contados. En el lapso de un año, el Partido había extendido el radio de su acción clandestina a las diferentes ramas de la vida cultural del país, conquistando en ella unas posiciones e influencia que no volvería a alcanzar en lo futuro; pero el fenómeno se limitaba, como los hechos se encargarían de probar, a un sector muy preciso de la clase intelectual, sin propagarse, como entonces creíamos, a los protagonistas históricos de la revolución: el proletariado y los campesinos. El acercamiento pasajero al Partido de un puñado de funcionarios y miembros de la clase dirigente española era y sería interpretado no como una operación de ruptura individual cuya fuerza centrífuga actuaba en función directa a la de un orden social inmóvil y su inexorable gravedad, sino como indicio general de que la descomposición interna del franquismo había llegado a las esferas del poder, convencidas ya de su cercano hundimiento y el advenimiento de una sociedad nueva en la que el PC desempeñaría naturalmente un papel aglutinador y protagonista. Las posteriores conversiones casi paulinas de algunos hijos de ministros del Régimen o aristócratas como la duquesa de Medinasidonia entretendrían durante años la esperanzadora pero errónea imagen del país como «una caldera a punto de estallar». No dudo de que este subjetivismo o voluntarismo revolucionarios fueran necesarios al mantenimiento de la estructura y moral de una organización constantemente acosada en su larga y a menudo descorazonadora travesía del desierto. No obstante, la creencia infundada en un discurso

elaborado por razones tácticas o de propaganda se convirtió con el tiempo en una forma de espejismo o autoengaño, como verifiqué a mi costa en 1964, durante la crisis interna del Partido que desembocó en la exclusión de mis amigos Semprún y Claudín. Esta ofuscación de la que, quien más quien menos, todos fuimos víctimas resultaba en sus comienzos difícil de diagnosticar. Dentro del pequeño círculo en el que nos movíamos, el sentimiento de que se avecinaban grandes cambios se fortalecía a diario con nuevos ejemplos y experiencias. En uno de los despachos del consulado del bulevar de Malesherbes, Llovet me había presentado a uno de sus colegas, el vicecónsul Rafael Lorente. Extrovertido, generoso, impulsivo, dotado a veces de esa simpática e irresponsable extravagancia juvenil que tanto abunda en España, Rafael manifestó gran interés en conocerme. Durante aquel otoño apareció varias veces por la Rue Poissonnière a exponerme sus cuitas personales e inquietudes políticas: a diferencia de mis amigos españoles estaba convencido de que el comunismo no sobreviviría a Budapest y pretendía organizar con gente como yo un partido nuevo, al que jocosamente bautizamos «de los señoritos sociales». Una noche vino a casa a pedirme un favor: quería que le presentase a Pasionaria, discutir y tomar unas copas con ella. Aunque le dije que no la conocía e ignoraba del todo si residía secretamente en Francia o la Unión Soviética, vi que no me creía sino a medias. Luego, algo excitado con el coñac o calvados que yo le servía, me expuso su plan de desembarcar con un puñado de amigos en Fernando Poo y proclamar la República: si resistíamos unos días al asedio de la armada franquista, podríamos

reunir allí al gobierno y diputados en el exilio y obtener el reconocimiento diplomático de los países del campo socialista. Si bien no volvimos a hablar del tema ni de su encuentro con Pasionaria, seguí frecuentándolo varios meses hasta que, al recibir otro destino, resolvió abandonar la carrera y, contagiado de mi entusiasmo por Almería, se instaló en el pueblecillo costero de Aguas Amargas y se dedicó a la promoción de sus tierras.

Pero Rafael Lorente era una curiosa y amena excepción en el núcleo de españoles que me rodeaban, imbuidos como yo de un marxismo elemental y tosco, casi siempre a través de las simplificaciones doctrinales de Politzer, y una concepción lineal de la historia fundada en supuestas leyes científicas. Alfonso Sastre, obsesionado con la idea del compromiso, dudaba aún en aquellos tiempos en solicitar su ingreso en el Partido pero sus vacilaciones no duraron mucho: a su vuelta a Madrid, tras el nacimiento de su hijo, entró en la organización y fue pronto catapultado al Comité Central de la misma. Antonio Soriano y Tuñón de Lara, con un largo pero discreto pasado militante, evitaban hablar de sus lazos políticos y mantenían una posición tolerante y abierta. El futuro publicista y divulgador de temas históricos acababa de dar a la estampa un libro sobre España escrito en colaboración con una hispanista, de quien mis amigos franceses huían prudentemente, llamada Dominique Aubier. La que años más tarde sería conocida en mi provincia adoptiva por la *Dame de Carboneras*, vestiría un sari hindú y pasearía a lomo de camello consagrada a la lectura cabalística de Cervantes, manifestaba ya una exuberante pasión hispana, traducida a los cronistas de Indias

y, como tuve ocasión de descubrir, recibía a los visitantes en su piso de la Rue de Seine tocada con una montera –fresco hontanar, precisaba, de su inspiración estilística–. Tuñón y Soriano soportaban como podían el torrente de su avasalladora elocuencia pero, menos paciente que ellos, procuré en seguida evitarla: informada de mi proyecto de revista, había querido tomar cartas en el asunto, decidir de su contenido, determinar quién debía escribir y no escribir en ella. Su intervención alarmó a más de uno y fue probablemente crucial en mi desánimo y consiguiente disposición a arrojar la toalla.

Este empeño y porfía míos en torno a la idea de la revista no cuajaron sino años más tarde, cuando ya había perdido en el trayecto numerosas ilusiones y plumas. Aunque mi sociabilidad primeriza se desvaneció con el tiempo y el plan de un trabajo en equipo cesó de cautivar-me, me asocié no obstante a la empresa de los *Cuadernos de Ruedo Ibérico* y articulé desde sus orígenes la de *Libre* a sabiendas de que no me procurarían motivos de satisfacción ni convenían a mi verdadero carácter. Como en otros terrenos de mi vida, conseguí el objetivo ansiosamente buscado en un momento en el que había perdido su anterior aliciente y mis intereses y gustos tomaban un nuevo rumbo. Moviéndome a deshora y aun a contra-tiempo de la historia, los cambios y novedades de ésta me pillaron menos desprevenido que desganado –como ese cadáver extemporáneo y absurdo de Franco, en cuya muerte había dejado de creer.

Lo que más llama mi atención al reseñar *calamo currente* mis primeros meses en Francia desde una atalaya de casi

treinta años es la diferente postura política o, por ser más exacto, el distinto grado de madurez y experiencia de los amigos parisienses y españoles que aparecen en estas páginas: mientras los últimos eran miembros o simpatizantes del Partido, se embebían en la lectura de *L'Humanité* y daban por buenas sus tesis y explicaciones sobre la radiante sociedad del futuro, los primeros habían atravesado ya esta fase, hablaban con repugnancia o desdén de la URSS y ejercían una militancia matizada y compleja que si bien aparecía a mis ojos inoperante e incluso ridícula era no obstante mucho más lúcida y honesta que el daltonismo y sordera moral en los que mis compatriotas y yo destacamos y destacaríamos. Fuera de algunos casos aislados como Soriano y Muñoz Suay, mi amistad con aquellos «renegados» y excluidos era juzgada con severidad. La relación que me unían a la taífa de la Rue de Saint-Benoît, Roger Stéphane –a quien pronto conocería por Monique– y Elena de la Souchère suscitaba reservas y advertencias de mis compañeros hasta el día en que la necesidad de recurrir a medios de información burgueses como *France-Observateur* o *L'Express* para divulgar y sostener la nueva política de «reconciliación nacional» o la campaña de amnistía en favor de los presos políticos del franquismo, les condujo a revisar su posición y utilizar mis conexiones e influencias al servicio de sus intereses y fines. Pero, en el período que abarca el relato –el de las repercusiones del informe de Jruschov y la intervención de Hungría–, la «irresponsabilidad», «contradicciones», «doble juego» y «espíritu anarquista» de los escritores franceses de izquierda atraían como un imán las críticas y observaciones mordaces de mis paisanos: ¿a

qué obedecía esa preocupación morbosa con los derechos humanos en Polonia y Hungría? ¿No advertían acaso que las pequeñas e inevitables imperfecciones de las nuevas sociedades en los países de democracia popular eran una paja minúscula en proporción a las lacras e injusticias sociales de las supuestas democracias burguesas y su carencia de libertades profundas? ¿No incurrierán, al criticar a la URSS, en una burda maniobra de diversión manipulada directa o indirectamente por los agentes del imperialismo? La frivolidad real de la intelectualidad parisiense de la Rive gauche, esa propensión suya, satirizada no sin razón por Genet, a mudar de causa si no de chaqueta obedeciendo al magnetismo de los titulares de *France Soir*, se prestaban a menudo, es verdad, a tales ataques y burlas: meses más tarde, uno de los autores con quien entré en contacto a propósito del Comité de solidaridad con España, después de desentenderse del todo del proyecto, encabezó en cambio, con gran sorpresa mía, un vano y esotérico llamamiento de apoyo al Dalai Lama y los monjes budistas del Tíbet con motivo de la invasión china. No obstante, junto a los arranques y rasgos de comicidad involuntaria de estos *animaux malades de la pétition*, como cariñosamente los designó uno de sus íntimos, la generosidad y afán de justicia de Mascolo y sus colegas –opuestos a la vez a la derecha y el Partido, al moralismo de Camus y filocomunismo de Sartre– se manifestaron breve tiempo después de forma eficaz, arriesgada y concreta –en abrupto, saludable contraste con la prudencia y ambigüedad del Partido– si no tocante a España al menos respecto a Argelia. Entre los asiduos al piso de Marguerite Duras en la Rue

Saint-Benoît –Robert Antelme, Louis-René des Fôrets, Blanchot, Edgard Morin, etcétera– figuraba Madeleine Alleins, esposa de un médico de renombre y defensora apasionada de las causas tercermundistas: integrada desde el comienzo en una de las agrupaciones de ayuda clandestina al FLN como el célebre *réseau* Jeanson, la novelista ocultaba dinero, propaganda, armas e incluso a miembros de la resistencia argelina en los domicilios de sus amigos de confianza. A las pocas semanas de mi llegada se presentó en el nuestro por consejo de Mascolo y preguntó si estaríamos dispuestos a custodiar temporalmente los fondos de la organización. Monique aceptó sin vacilar y, unos días después, Madeleine reapareció con un maletón que depositamos en el estante superior de una alacena junto a la puerta de entrada. Durante casi un año, nuestro enlace se asomaba de vez en cuando por casa a recoger las cantidades de dinero que necesitaba y cuyo monto precisaba a Monique, en lenguaje cifrado, telefoneándola a Gallimard. En este caso, yo abría la maleta rebosante de fajos de billetes de cinco mil francos de la época, metía la cuantía indicada en un sobre y se lo entregaba a nuestra amiga cuando a la hora fijada sonaba puntualmente el timbre. Viviendo como vivía con muy escasos medios –mi única fuente de ingresos se reducía a las notas de lectura que empecé a redactar para la editorial– lamentábamos a menudo con Monique –deslumbrada también por el espectáculo de aquella prodigiosa caverna de Alí Babá– de que el tesoro perteneciera a los combatientes del FLN y no nos hubiera sido confiado, por error, por un agente de Franco, Trujillo o Somoza, para que pudiéramos patearlo alegremente en viajes re-

corriendo con él medio mundo tras las huellas de Phileas Fogg.

Este primer contacto político con el Magreb, a través del proceso descolonizador, se intensificó a lo largo de la guerra de Argelia y sus repercusiones odiosas en la metrópoli: discriminación racial, acoso a la inmigración norafricana, toque de queda, asesinatos, *ratonnades*. Tres años y pico después, Monique fue una de los primeros firmantes del «manifiesto de los 121» que instaba a desertar a los reclutas del cuerpo expedicionario, lo que le valió ser inculpada, con una docena de escritores amigos, de «atentado a la moral del Ejército» e «incitación a los soldados a desobedecer las órdenes de sus superiores»: *On dirait que j'ai fait le tapin devant une caserne!*, exclamó divertida, al recibir la notificación judicial. Al evocar más tarde las vicisitudes de este período y mis posteriores afinidades árabes, comentaría riendo que, si bien no deploraba en absoluto su firma ni las complicaciones que le acarreó –convocatorias, amenazas telefónicas, procesos–, militaría tal vez por «mis» argelinos, en caso de tener que vivir de nuevo los hechos, con un poco menos de celo y entusiasmo.

Pero me alejo de la estricta sucesión del relato. En enero de 1957, a nuestro regreso de un breve y excitante viaje a Italia, apareció la edición francesa de *Juegos de manos* con una documentada y esclarecedora introducción de Coindreau. La novedad que suponía una novela procedente de la España franquista después de quince años de silencio opaco provocó un inmediato y desmedido interés de la crítica, desde *L'Humanité* a *Le Figaro*. Los pe-

riódicos y semanarios de izquierda subrayaban, como es lógico, su índole rebelde e inconformista, mi implícita pero indudable hostilidad a los valores oficiales. Pese a sus grandes defectos, limitaciones e influencias, el libro respondía a una espera y fue acogido con entusiasmo abultado: ninguna de mis obras adultas, de *Señas de identidad* a acá, recibiría después ni mucho menos tal aprobación masiva, lo que indica a las claras las servidumbres e imponderables de esa pseudo crítica periodística, sujeta en París como en todas partes a una amalgama de prejuicios, modas, intereses y amiguismo que desvirtúa su función y la convierte en una feria de vanidades propicia a todos los éxtasis, a todos los ridículos. Si el estrépito armado en torno a la novela me señalaba de forma inequívoca a las autoridades franquistas me confería de pasada cierta inmunidad: en la medida en que el Régimen aspiraba a una respetabilidad europea, no le convenía perseguir a un escritor cuyo nombre «sonaba» en razón de sus obras y actividades culturales que en ningún país democrático serían consideradas delictivas.

Desde mi partida a París habíamos convenido con Monique en que al cabo de tres o cuatro meses volvería a España por una temporada: el tiempo necesario para ponerme al día de la situación en los medios intelectuales y universitarios y recorrer sin las premuras de mi anterior viaje los pueblos del sur de Garrucha. El catorce de febrero tomé el tren en la estación de Austerlitz contento de mí e ingenuamente envanecido con el éxito de mi libro. Si la visión exterior de las cosas predisponía al optimismo e incluso a la euforia, la dura tenacidad de los hechos me devolvió en seguida a la realidad. Tras una es-

tancia alegre y llena de estímulos en la Rue Poissonnière el regreso a Pablo Alcover encogía el ánimo: decrepitud de personas y cosas, frío, luz avarienta, preguntas ansiosas de mi padre, silencio del abuelo, sonrisa patética de Eulalia, opresión difusa, remembranzas penosas, angustia, zozobra, remordimiento. A la inquietud que insidiosamente se adueñaba de mí en aquel cuadro familiar poblado de fantasmas y recuerdos, se agregó la de un suceso acaecido la víspera de mi venida: la detención de Octavio Pellissa. Su caída ponía en peligro el grupo universitario organizado por Sacristán y, directamente amenazado, Luis extremaba sus precauciones. Recuerdo que poco después de mi retorno alguien llamó al timbre muy de mañana, cuando los dos dormíamos en nuestra habitación común de la fachada delantera de la torre. Eulalia se asomó al jardín y vino a avisarnos, con ese sordo presentimiento que la corroía respecto a nuestras nuevas relaciones, de que un hombre preguntaba por él. La noticia nos sobresaltó pero, desmintiendo nuestras aprensiones, el visitante resultó ser no el temido inspector de Jefatura sino un viejo conocido mío de París, el crítico de arte Arnau Puig, enviado desde allí por la dirección del PC a informarse del origen y alcance de la redada en la que habían apresado a Pellissa. Aquella misión un tanto imprudente y chapucera, para que mi hermano le pusiera en contacto con los «cuadros» de la organización, alarmó con razón a Luis: la falta elemental de cautela en unos momentos en los que posiblemente estaba sometido a vigilancia no se compadecía ni poco ni mucho con la exigencia de meticulosidad y rigor de la actividad clandestina. Aunque Octavio resistió con valentía a los

«interrogatorios» y fue el único estudiante comunista aprehendido, la operación policial de limpieza se extendió en los días sucesivos a todos los medios de la oposición, desde monárquicos y catalanistas a los socialistas de Pallach y Joan Reventós.

En medio de aquella atmósfera agobiadora, llena de interrogantes y amenazas, procurábamos aparentar una existencia normal: salíamos a cenar con amigos menos comprometidos que nosotros, recorríamos los bares de Escudillers y las Ramblas, nos recogíamos a casa de madrugada. Pero la primitiva excitación de mis correrías barriobajeras había desaparecido: la alegría era forzada, las veladas con putas y maricas en La Venta y el Cádiz resultaban monótonas, cumplíamos con desgana un vacuo, tedioso ritual. Monique telefoneaba a diario y nuestras largas conversaciones en francés intranquilizaban misteriosamente a papá. Un miedo instintivo pero atinado a nuestras amistades sospechosas le mantenía en vela hasta que regresábamos: al cruzar el corredor de puntillas le oíamos revolver algún medicamento o yogur con su cucharilla, buscar la perilla de la luz, preguntarnos indefectiblemente la hora. Presionado por las circunstancias abandoné el proyectado viaje a Almería: en caso de peligro o nueva redada de la policía, mi estancia en aquella provincia aislada y remota excluiría cualquier posibilidad de ayuda o de información. Monique, por su parte, comenzaba a inquietarse de las repercusiones de la politización parisiense de mi novela y, convencido al fin de que sería más útil fuera que dentro, decidí acortar mi visita barcelonesa y regresar precipitadamente a París.